

cional, y de intervenir en la vida administrativa y docentes de las instituciones de enseñanza, ya que él es soberano en las instituciones que sólo existen para su provecho. El estudiante tiene el derecho de asistir libremente a sus clases, sin la coacción vergonzosa de la asistencia obligatoria a un profesor determinado. El estudiante tiene derecho a limitar la acción del Gobierno del Estado a la de simple contribuyente para el sostenimiento económico de los institutos. El estudiante tiene el derecho de exigir a los más sabios educadores y a la más profundas mentalidades el sacrificio de su valer en aras de la juventud intelectual».

«El estudiante tiene el deber de divulgar sus conocimientos entre la sociedad, principalmente entre el proletariado manual, por ser éste el elemento más afín del proletariado intelectual, debiendo así hermanarse los hombres de trabajo, para fomentar una sociedad libre de parásitos y tiranos, donde nadie viva sino en virtud del propio esfuerzo. El estudiante tiene el deber de respetar y atraer a los grandes maestros que hacen el sacrificio de su cultura en aras del bienestar y progreso de la humanidad, y de despreciar y de expulsar a los malos profesores que comercian con la ciencia. El estudiante tiene el deber de ser un investigador perenne de la verdad, sin permitir que el criterio del maestro ni el del libro sea superior a su razón. El estudiante tiene el deber de permanecer siempre puro, por la dignidad de su misión social, sacrificándolo todo en aras de la verdad moral e intelectual. El estudiante tiene el deber de trabajar intensamente por el progreso propio como base del engrandecimiento de la familia, de la región, de la nación, de nuestro continente y de la humanidad».

Hé aquí, a grandes rasgos, el credo que formulan en su primer acto oficial los estudiantes cubanos. Es una visión limpia de muchachos decididos y generosos. Como lo fueron quienes en el Perú suspendieron medidas dictatoriales de Leguía, aclamaron a Vasconcelos Maestro de la juventud y le retiraron ese mismo título al Gobernante odioso que profanó los claustros de San Marcos. Como lo fueron los estudiantes de Chile, que se opusieron a la movilización de las tropas. Como lo son los que en la Argentina hicieron la revolución de Córdoba y hoy emprenden la campaña más activa en contra de la política de los armamentos. Como lo fueron los mexicanos al recorrer en la Fiesta de la Raza las calles de su metrópoli como una plegaria múltiple en demanda de la libertad de Venezuela. Como lo fueron los colombianos que dieron el ejemplo, hoy

imitado en varias repúblicas, de aclamar a Vasconcelos como su Maestro de juventud.

Son facetas de un mismo cristal o anuncios de una revolución que le dará a nuestro continente su verdadero carácter. Formulado un derecho a base de justicia, no pueden esquivar las juventudes el deber de hacerlo respetar, ni pueden ellas ver sin impaciencia que prosperen sistemas en donde ese derecho se anula o se deforma. Llegará un momento en que la revolución universitaria sea un tan claro deber de la conciencia juvenil, que toda demora en afirmarlo pueda considerarse como una traición al espíritu de la República y al imperativo de la raza.

Meditamos al margen de la política de la revolución universitaria, porque es la política que puede compactar la cultura de todos y de cada uno de estos pueblos. Los estudiantes podrían hacer la declaración desnuda de su ideario y realizar de hecho la docencia libre, la asistencia libre, usando libremente del edificio de la Universidad. Como el estudiante tiene el derecho de leer en cualquier libro o de hacer todos los experimentos que crea necesarios para su cultura, tiene el derecho también de introducir al profesor que elija su determinación libre, para oír sus lecciones en la casa de la cultura nacional. Ese acto, sencillo, no podrían impedirlo los usufructuarios de la cátedra, porque ellos deben aceptar como una evidencia cuya discusión sería grotesca, el hecho de no ser ellos los únicos aptos en el ejercicio de darle circulación a la sabiduría. Sin ley previa, como acto inicial, los estudiantes deberían formar el cuadro de la defensa universitaria, haciendo república bajo las aulas antiguas.

GERMÁN ARCINIEGAS

(Cromos, Bogotá).

## El baluarte...

(Viene de la página 97).

«Los Estados Unidos son potentes y grandes».

4

Nosotros, con los pueblos del septentrion, Cuba, Santo Domingo, Guatemala, Honduras, Nicaragua, Costa Rica y El Salvador, somos el baluarte. Todos hemos sufrido. También ha empezado a sufrir Colombia. Panamá, una vez emancipada, comenzará a sufrir, como Puerto Rico, cuyos hijos fueron a combatir en los campos de batalla europeos por la enseña de los Estados Unidos y aún no disfrutaban de la plena ciudadanía

yanqui. Dice así, en un reciente manifiesto, el Partido Nacionalista Portorriqueño: «Por carecer de fuerzas físicas se nos puede dominar; pero nuestra civilización nos da el poder de la resistencia. Hace veinticinco años que estamos bajo la soberanía de los Estados Unidos: durante ese cuarto de siglo han podido sostener su dominio por la fuerza de las armas; pero hemos conservado nuestra personalidad por la fuerza de nuestra tradicional civilización».

Deberían ver con menos impasibilidad los pueblos meridionales el problema de sus hermanos del Norte. En virtud de su propia esencia, todo imperialismo es avasallador; estriba en una «voluntad de poder», en un «ánimo de dominación»—como dicen los teólogos del diablo—fiero y consciente de sí mismo. Si un joven de treinta años, como el milagroso Alejandro, llevó a sus falanges, en los remotos días del imperialismo griego, desde Macedonia hasta la cuenca recóndita del Indo, ¿por qué habría de contenerse la ambición de una raza vigorosa, inteligente y pujante, en el canal de Panamá? Ciertamente que el pueblo griego tuvo a Alejandro para simbolizar su expansión victoriosa; pero los Estados Unidos han tenido a Roosevelt para decorar su ambición; y si el Nemrod yanqui no podría equipararse al semidiós helénico, los Estados Unidos son más fuertes que todas las Anfictionías y más ricos que toda la América latina derivada de España y Portugal.

En sus tribulaciones, nuestra patria ha estado sola. Una sombría indiferencia nos desamparó. Si al fin sucumbiésemos; si el baluarte, que dijo Medeiros y Albuquerque, fuese al fin debelado, ¿quién tomará nuestro puesto en la Historia? La verdadera política humana es la que se emprende, no para el día siguiente, desde el punto de vista transitorio de los gobiernos efímeros, sino la que se hace para siempre, desde el punto de vista de Dios: *sub ratione boni*, como diría Spinoza. A nosotros, humildes escritores, es la sola que nos agrada intentar.

ANTONIO CASO

(Revista de Revistas, México, D. F.)

